

sintió tiernamente la ausencia de un tan santo y edificativo varón. Tan amable, que jamás dentro ni fuera de casa hubo quien se quejase de él, porque para todos fué de muy apacible condición y á boca llena le llamaban el santo Tovar. Y los que aún dieron mayores muestras de sentimiento fueron los indios de la grande nación mexicana, que lloraba la falta de su grande y antiguo predicador, y así á su entierro concurrió mucha gente con sus gobernadores, vecinos de México y sus principales, que en voz alta le lloraban, y reconocidos al amor que siempre les tuvo, le hicieron decir muchas Misas cantadas y otras le mandaron decir rezadas, cada uno conforme á su posibilidad. A que se añadió que las Congregaciones de indios que están fundadas en la Iglesia de San Gregorio, donde tantos años predicó, vinieron con grande cantidad de candelas de cera á asistir á su entierro, que por esta causa se hubo de hacer con más solemnidad de la que con nuestros religiosos comunmente se usa. Y los Prebendados de la santa Iglesia Catedral de México hubieran acudido al entierro del P. Juan de Tovar (como ellos mismos lo dijeron), como á Hermano y Prebendado que fué suyo cuando entró en la Compañía, y lo dejaron de hacer por no haber sabido de su muerte y por haber vivido el Padre los postreros años de su vida retirado de toda comunicación, y si con algunos trataba era con sus indios, que fué la mies donde tan abundantes frutos cogió. Murió el venerable P. Juan de Tovar el año de 1626, y de 83 de edad y 53 de religión, y de ellos los 36 de profesión de cuatro votos de la Compañía. Descansa su cuerpo en la Iglesia de nuestro Colegio de México, donde fué morador y ejerció sus santos ministerios, los más años de su vida.

Y no se deben dejar de referir aquí algunas cosas y casos más que ordinarios que le sucedieron y fueron argumento de su santidad, y aunque no escribiremos más que dos ó tres de ellos, se puede colegir que tuvo otros que él por su mucha humildad calló. Fué á él una vez un Hermano de casa con una grande aficción y desconsuelo, y sólo con entrar en su aposento y sin haber dicho nada, se halló muy trocado y consolado, y estuvo grande rato hablando con él cosas de Nuestro Señor que para su consuelo le podían ayudar. Después de lo cual declaró el Hermano cómo había ido á comunicarle cierta aficción que tenía, y él le respondió: «Vaya, Hermano, que ya tiene lo que há menester; tenga de aquí en adelante corazón ancho;» con que él coligió que había conocido su trabajo antes de haberlo comunicado al P. Juan de Tovar.

Pidióle una vez un indio de los que le comunicaban mucho un papel para unos religiosos, sobre que le hiciesen volver unos quetzales de plumería por ser aquellos muy particulares, que es cosa entre los indios de estima y valor, y se los habían ocultado. Respondióle el Padre que habían de hacer poco caso de su papel, que mejor sería encomendarlo á Dios, y que así lo haría él, que volviese la mañana siguiente por la respuesta; volvió y díjole que fuese por tal calle señalándole la de las casas arzobispales, que en el camino encontraría con lo que buscaba. Salió el indio y al dar la vuelta por la calle que le dijo el P. Tovar, encontró un hombre que llevaba lo que buscaba y por lo que andaba afligido, con que quedó muy consolado y lo pudo cobrar. Este mismo indio le pidió otra vez que encomendase á Dios á una parienta difunta; prometiéndole de hacer, y preguntándole después

si lo había hecho, dijo: que ya la difunta hacía algunos meses que estaba en el cielo gozando de Dios. Y aunque estas demostraciones dichas eran argumento del trato familiar que tenía con Dios Nuestro Señor y de la santidad del P. Juan de Tovar, pero en lo que su Majestad le hizo más ilustre y lo que sin duda aumentó con grandes ventajas sus merecimientos, fué aquel celo grande y espíritu que Dios le comunicó para atraer á su divino conocimiento y de los misterios, santos de nuestra santa fe á los indios naturales con el grande fruto de sus sermones, siendo el menor el de lágrimas y sollozos muchas veces, que lo oían y mayor la mudanza que hacían de sus costumbres y mejora de sus vidas, dando por bien empleado el trabajo del camino de tres y cuatro leguas, á veces de diez y quince leguas por consultarle y gozar de su santa doctrina. Y días hubo que para coger el fruto de ella era menester asistir dos ó tres Padres confesores en el confesionario para oír de penitencia á los que traía la doctrina del insigne P. Juan de Tovar.

CAPITULO XXVII.

VIDA DEL RELIGIOSO P. IGNACIO DE ZAVALA. AÑO DE 1630.

Nació el P. Ignacio de Zavala en la ciudad de Oaxaca, de linaje muy principal en aquella república, y desde sus tiernos años mostró tal compostura de costumbres, que decían de él que había nacido la modestia religiosa con él. Vino á la ciudad de México á oír curso de artes al Seminario de San Ildefonso, y fué en él un ejemplar de toda virtud, y así todos le amaban y admiraban en un mozo seglar tal proceder de religioso, de suerte que pretendiendo después la Compañía y habiendo entrado en ella, no parecía que había mudado más que el traje seglar. Recibióle el Padre Vice-Provincial Martín Pelaez con particular gusto por los frutos que prometía esta nueva planta, y nunca le engañó su esperanza, porque apenas recibido en nuestra Compañía se había ajustado á sus reglas, de tal manera que parecía nacido para ellas, y esto con tanto tesón que jamás se le notó quiebra alguna aun de las muy pequeñas. Salido de su noviciado leyó luego gramática en la Puebla y prosiguió después el hilo de sus estudios en el Colegio de México, muy á satisfacción de los Padres, Maestros y discípulos por los ejercicios públicos de letras que tuvo, sin que por el cuidado que en esto ponía, aflojase un punto en lo que tocaba á su aprovechamiento espiritual. Después, ordenado de sacerdote, tuvo su tercera probación, y tan á satisfacción de todos, que el Padre Maestro de novicios que era el P. Luis de Ahumada, lo pidió con instancia para Ministro de su casa, y habiéndolo alcanzado, solía decir: había sido inspiración del cielo el haberlo pedido, porque cada día descubría nuevas y preciosas virtudes en él. Labrálale el Señor con continuas y recias jaquecas, y otros achaques que aunque los disimulaba su paciencia, la flaqueza de su cuerpo los descubría. En la obediencia y rendimiento se señalaba sin que su querer fuera otro que el de su Superior, y no parece que sabía discurrir en contra de cualquiera cosa que le ordenase. En su oración no juzgara interrupción

quien atendiera á la mucha modestia y grande compostura que guardaba en todas sus acciones.

Fué enviado á las Misiones entre indios, tan nombradas en esta Provincia, y en estos nuevos empleos dió nuevas muestras del tesoro de sus virtudes y celo de la salud de las almas, de suerte que sucedía estar apretado gravemente de sus jaquecas, y llamándole entonces para alguna confesión ú otro sacramento, no le retardaba el dolor que padecía, para que caminase seis y más leguas con el sol y por el agua á cuidar del alma del doliente que le llamaba. Pasados 6 años de Misiones, quiso Nuestro Señor traerlo para que el grande Colegio de México gozase y se edificase de sus muy señaladas virtudes, y aunque uno de los más principales Misioneros de Sinaloa, cuando lo supo, quiso venir en persona á rogar al Padre Provincial no les quitase al P. Ignacio de Zavala, porque tenían librado el consuelo de todos en su compañía, santidad y presencia, y que en ella más que en la escolta de soldados ponían su seguridad y hubiera ejercitado este acto el Padre Misionero, si el P. Zavala por su mucha humildad no se lo estorbara, juzgando no era su vuelta de tanta estima que requiriese tanta diligencia.

Después de Misiones le ocupó la obediencia en oficio de ministro del Noviciado, que recibió al Padre con mucho consuelo, como que tenían conocida la estima de sus virtudes de religión, apacibilidad y prudencia, pero gozólas poco porque le sacaron en breve los Superiores para Ministro del Colegio de México, donde hizo este oficio los tres años últimos de su vida con tanta aprobación, que aunque las ocupaciones eran mayores no pudieron alterar su corazón; mandaba lo necesario tan apaciblemente que obligaba su modo á obedecerle, y reprendiendo algunas faltas usaba por una parte de tales palabras, que diciéndolas el Padre les daba suma eficacia, y por otra era de notar, que no habiendo oído alguno de su boca palabra desabrida y con voz alta, temían de suerte su presencia que ella sola les era freno. No oyó algún Superior mayor queja del Padre Ministro, ni alguno aunque estuviese con sentimiento le hablase con menos respeto. Ni esta suavidad era causa de facilidad reprehensible, porque no dejaba doblar su autoridad en lo que fuese la más pequeña infracción de la regla, de suerte que hermanaba su rectitud con suavidad, se mostraba entero en medio de su mayor suavidad.

Todo esto procedía como de su fuente, de su grande compostura interior y tesón en los ejercicios, en que se ejercitaba, de devoción y oración, porque para tenerla con la comunidad no había de haber estorbo aunque hubiese precedido mala noche; y fuera de esto, cuando los Hermanos estaban en lección, la tenía el Padre en el coro, y de aquí se seguía que cuando hablaba á los otros mostraba en el respeto con que lo hacía, que estaba mirando en ellos á Dios para aun entonces no interrumpir el trato que tenía con su Majestad. Celebraba con tanta atención y espacio y tenía tanta estima del sacrosanto Ministerio de la Misa, que cuando por sus jaquecas le era forzoso dejarla de decir, entonces, por esta causa, la sentía más. Tenía tan mortificado el afecto de sus parientes, que habiendo sido su obediencia tan rara como se ha dicho, una vez que le mandó un Superior fuese á visitarlos después de tan larga ausencia de su patria, propuso tres veces para disuadirlo, hasta que se le mandó que dejase su proposición. Era gran-

demente amigo de la santa pobreza, y lo mostró no solamente en no admitir cosa particular, pero en no tener otra que un crucifijo en quien sólo había librado todas las riquezas que podía desear.

Ejercitaba Nuestro Señor en este tiempo este Colegio de México con enfermedades, y de ellas tabardillos, de que murieron algunos de casa; era el Padre Ministro el que de continuo asistía á todos, y aunque algunos viendo su delicada complexión le rogaban anduviese con más recato, pero su grande caridad echaba fuera el temor y le hacía acudir á los aposentos de los enfermos queriendo que por su mano pasase todo. Andando, pues, en obras de tanta edificación y caridad, le dió una calentura que luego se mostró ser tabardillo. Ya derribado en la cama mostraba su grande compostura, mortificación y humildad, porque no permitía ni aun las licencias que trae consigo la enfermedad, de suerte, que si estando fatigado le era necesario volverse al otro lado, pedía primero licencia á los que estaban allí. Pasaba sus últimos dolores con tanta paciencia que no se le oía quejarse, y si bien es verdad que por su grande pureza era tenido de todos por un ángel, pero donde campeó más fué en esta enfermedad, porque decía no la sentía tanto cuanto el verse obligado por razón de algunos medicamentos á descubrir alguna parte de su cuerpo; y aun mostró sentimiento á un Hermano que le asistía de que hubiese entrado á verle sin haber tocado primero la puerta, por la misma razón. Estuvo el P. Ignacio en su entero juicio hasta que el Señor se lo llevó; y referiremos aquí lo que él mismo contó á dos Padres y por si hubiese sido delirio, se vea cuáles eran los de ese grande siervo de Dios: estando una noche muy afligido, dos ó tres días antes de su muerte, dijo que le visitaron nuestros santos Padres, y alentándole en lo que padecía, le dieron esperanzas de un sudor natural que le serviría de algún alivio; y habiendo dicho esto el Padre, poco después de lo sucedido y en breve se siguió el sudor, y con él el sosiego prometido. Asegundó la misma visita y en ella le avisaron de su muerte, dándole algunas muestras de la gloria y también del purgatorio por donde había de pasar, y dijo con mucha gracia que le parecería muy fuerte, y aunque se le aplicaron las medicinas con el cuidado que usa la caridad de la Compañía, recibidos todos los Sacramentos y pidiendo á todos perdón con grande humildad y encomendándose al Señor con fervorosas Jaculatorias, le entregó su alma, dejando á sus Hermanos tan lastimados con su ausencia como envidiosos de su dichosa muerte á los 42 años de su edad, y los 22 de Compañía y 6 de profeso de cuatro votos en ella.

CAPITULO XXVIII.

VIDA DEL P. CRISTÓBAL ANGEL,
QUE VIVIÓ EN LA COMPAÑÍA POR TIEMPO DE 60 AÑOS, CON GRANDES
EJEMPLOS DE VIRTUD. AÑO DE 1632.

Aunque el P. Cristóbal Angel remató el curso de su muy religiosa vida en nuestro Colegio de México donde está enterrado, pero porque lo más de ella la pasó en nuestra Casa Profesa, de la cual fué Pre-

pósito dos veces, escribimos su vida entre los sujetos que murieron en ella, y en la cual yacen sus cuerpos hasta el día de la resurrección general. La vocación y entrada en la Compañía de este señalado varón la dispuso Dios, por una parte, con unos particulares y eficacísimos y casi violentos impulsos del Cielo, á que le parecía no podía resistir (como yo al mismo se lo oí contar, y por otra, con una suavidad que le obligaba á derramar lágrimas de devoción con que se rindió á la divina voluntad, lo cual sucedió así).

Había nacido Cristóbal Angel en San Clemente de la Mancha, de padres muy honrados, los cuales lo enviaron á estudiar á la famosa Universidad de Alcalá; era mozo de muy vivo y presto ingenio, y usando Dios de misericordia con él y queriendo que sus talentos se lograsen en la religión, siendo de edad de 20 años, por medio de buenos confesores le movió á que fuese á nuestro Colegio á hacer allí una confesión general, que no se puede negar ser de mucho provecho cuando se hace con una atenta y preparada consideración; aunque le advertían los amigos que si el confesor de la Compañía le convidase con unos papelitos de meditaciones con que solían convidar, que se guardase, porque si los admitía entendiéndose que se había de quedar allá. Hablaban de las meditaciones que contienen los ejercicios de nuestro Padre San Ignacio, que tanto fruto han hecho en la Iglesia de Dios, y que usan ejercitar no pocos estudiantes de la Universidad de Alcalá y otros, con grande aprovechamiento de sus almas, aunque no se queden en la religión. Al fin nuestro Angel fué á nuestro Colegio muy prevenido de los amigos, y lo llevaba Dios para mayores bienes de los que él pensaba á hacer su confesión en general; el confesor lo oyó y recibió con mucha benignidad, pero dijole que para que esa fuese con más colmado fruto, le daría unos papelitos de meditaciones que mucho para ella le podían ayudar; aquí Cristóbal Angel, acordándose de lo que los compañeros le habían advertido, dijo: no serán menester, Padre, que no traigo otro intento que para mi consuelo hacer confesión general y luego irme pasadas las vacaciones á mi tierra y descansar allí. Bien está, Sr. Angel (le respondió el Padre), no le hará daño á usted para su intento el ayudarse de estas consideraciones que le pueden servir de guía para hacer con grande provecho su confesión general. Rindióse finalmente el alentado mancebo y vino en recogerse unos ocho días á hacer los ejercicios de nuestro Padre San Ignacio, por medio de los cuales le alumbró Dios con un rayo de su divina luz tan eficaz, que se dió á sentir tan vivamente la brevedad de esta vida y riguroso trance de la muerte, que derretido el corazón al calor de la meditación, se resolvió con tan copiosas lágrimas, que le duraron tres días, sirviendo estas de sustento al alma, porque en ellos apenas comió bocado, no dándole lugar el sentimiento interior del espíritu á cuidar del sustento corporal.

Apretóle Nuestro Señor tan fuertemente los cordeles, que no pudiendo resistir á la fuerza del cielo, se fué al Padre Provincial de aquella Provincia, y arrojándose á sus pies, le pidió con encarecidas palabras y lágrimas en los ojos que luego le recibiese en la Compañía, porque no tendría punto ni hora de sosiego su alma hasta verse en posesión quieta de lo que tan ansiosamente deseaba alcanzar. Oíle yo decir al P. Cristóbal Angel, siendo ya de edad anciana y haciendo mención de la merced que Dios le había hecho entrando á la Compañía,

que cuando la pedía era impelido de una fuerza superior á la repugnancia que la naturaleza sentía en sujetarse al yugo de la religión, y que aquella fuerza interior era la que le obligaba á hacer instancia para ser recibido en la Compañía sin género de dilación. Halláronse presentes á esta demanda los Padres Maestros Desa y Azor, varones bien conocidos por su santidad y letras y aprobando con su autoridad una petición tan loable, fueron intercesores para que el Padre Provincial luego le recibiese, y levantándose el P. Azor se quitó su ropa y la vistió al nuevo pretendiente con grande regocijo de todos los Padres y de los demás de la casa, que por estos tan loables principios rastreaban las medras y colmados fines de una tan eficaz vocación, coligiendo también la debida correspondencia que el P. Angel en todo el resto de su vida había de tener á un tan singular y divino beneficio, y no salieron vanas estas esperanzas, pues desde su noviciado dió muestras y prendas ciertas con su virtud, religión y compostura de vida, que había sido escogido de la divina clemencia para mucho servicio suyo, y para dar muchos ejemplos de religión en la Compañía, de la cual solía decir que había sido y era la barca que para su salvación muy en particular Dios había fabricado; á cuya voluntad, como se sujetó humilde y rendido para entrar en ella, así obedeció pronto y alegre cuando le llamó para navegar á las Indias de la Nueva España. Pasó á ellas teólogo de tercer año con el P. Pedro Díaz, primer Procurador á Roma de esta Provincia, en la cual acabó sus estudios, y luego se empleó en el ministerio de confesar y predicar, á que acudió con grande satisfacción y aprobación de dentro y fuera de casa, estimando su buen talento de púlpito en el granjeo de las almas y aprovechamiento espiritual de los oyentes. A lo cual hermanaba su apacible trato con una religiosa cordura y gracia que el Padre tenía para confesar, ayudar y consolar á toda suerte de gente; con lo cual era muy amado y respetado en cualquier Colegio donde estuvo, en particular en la ciudad de México, aun de personas de alta dignidad, como fueron algunos señores Virreyes y Arzobispos, y del santo Tribunal de la Inquisición, que conocía bien la prudencia y lustre de su gran juicio para negocios tan graves que le hizo su calificador, el cual oficio ejerció el Padre por muchos años con grande satisfacción y aprobación de este santo Tribunal en el acierto de los negocios que se le encomendaron.

Esta estima y amor granjeó el Padre con su virtud y apacibilidad que mostró en todas las partes y puestos en que la santa obediencia le puso, la cual satisfecha de su grande caudal le empleó varias veces en los oficios de Superior y Rector de los Colegios de Zacatecas, Valladolid, Guadalajara, siendo más mozo; y cuando de más madura edad, haciéndole dos veces Prepósito de la Casa Profesa. En estos puestos como hacha encendida sobre el candelero, daba más luz su virtud y prudencia con un grande celo de que las reglas é Instituto de nuestra Compañía se conservasen en su vigor y perfección, y los ministerios se aumentasen y creciesen. Su solicitud y cuidado en el avío de la casa y aumento temporal de ella, lo puede bien confirmar la Casa Profesa, pues sintió sus medras y acrecentamientos en lo temporal y espiritual las dos veces que fué Prepósito, y reservó Dios para el tiempo que la gobernó las ocasiones de más lustre y desempeño de buen crédito que se le ofrecieron. Porque siendo la primera vez Prepósito se publicó y

entabló el solemne Jubileo de cuarenta horas los tres días de las Carnestolendas, que tan estragadas corrían en el mundo, para cuya publicación trabajó el muy religioso y cuidadoso P. Cristóbal Angel, solicitando que una celebridad tan nueva en que las Carnestolendas se convirtiesen en Semana Santa y tuviesen el efecto deseado (como en efecto se consiguió), previniendo y procurando que los tres días que se descubre el Santísimo Sacramento, y en que es admirable la frecuencia de comuniones, se celebrasen con todo el ornato y aparato que fuese posible. De donde felicísimamente se siguió que los crecimientos y pujanza en que vemos y gozamos aqñeste Jubileo en este tiempo presente, traiga su principio y origen del cuidado con que el Padre le dió tan aventajados principios, y tanto es más de estima cuanto suelen ser estos más difíciles de entablarse. La segunda vez que fué Prepósito el P. Cristóbal Angel, se le doblaron las ocasiones en la beatificación del santo Padre Francisco Javier, Apóstol del Oriente, y de ahí á poco tiempo su canonización, junta con la de nuestro Padre San Ignacio. Para esta regocijada fiesta fué increíble la solicitud que el Padre puso, correspondiendo á este trabajo el lucimiento de tan gran solemnidad en la procesión, adorno de Iglesia, aderezo y atavío de los dos santos canonizados: fiesta fué ésta cual la dejamos escrita en el capítulo IV del libro 5º de esta historia, y que excedió á cualquiera exageración, mas no al cuidado y singular diligencia del P. Angel en saber gobernar y disponer tantas cosas, cuantas á otro cualquiera que no tuviera su autoridad y prudencia pudieran embarazar mucho, y todo aqñesto nacía en el Padre del gran celo que tenía del buen nombre y lustre de su madre la Compañía, que como buen hijo tuvo siempre por medras propias, los acrecentamientos de sus Hermanos, holgándose sumamente de sus buenos talentos y de que se empleasen en servirla y honrarla. Animaba á esto con su autoridad y palabras, y no reparando como verdadero humilde en sus canas y gravedad, iba á los aposentos de los Hermanos á agradecerles y complacerse con ellos, si habían hecho algún acto ó ejercicio de lustre y honra de su madre la Compañía, y para que en adelante lo hicieran con mayor perfección, les notaba y advertía con buen agrado si había habido alguna falta ó descuido. Fué también muy notado de los de casa en el P. Angel, el cuidado que tenía de honrar á todos, así de palabra como de obra con religiosas cortesías, que eran más de estimar por caer en persona de tanta veneración y autoridad, y todos tuvieron honradas ausencias en el Padre, al cual nunca se le oyó cosa que pudiese desdorar el buen nombre y crédito ajeno, nunca salía de su boca palabra que pudiese desdorar levemente la honra del ausente, todos eran buenos en su boca y quería que lo fuesen en la ajena, y así estorbaba cualquiera plática que aun de muy lejos tocase en detracción ajena. Y era tan recatado y temeroso en esta materia, sabiendo el peligro que en esto hay y cuán delicado es el crédito ajeno, que pocas noches antes de morir, diciendo un Hermano una palabrita bien ligera, le hizo callar diciendo: «deje eso, Hermano, que tengo de decir Mi-sa mañana y no quiero ir á decirla con ese escrúpulo. «Y quien tan delicado hilaba en cosas de su alma, bien se puede creer que se conservó en inocencia de su vida después que entró en la Compañía (como le dijo á un Padre confidente suyo). El respeto y decoro que siempre tuvo y guardó á los Superiores, se echaba de ver en que aunque el Padre

lo había sido tantas veces y tenía tanta capacidad para todo buen gobierno, así lo disimulaba con su prudencia y humildad como si nunca hubiera sido Superior, ni sabido qué era mandar ni gobernar á otros, sin inquirir si las cosas del gobierno iban derechas ó torcidas, si era conveniente se hiciera esto ó aquello, sino como verdadero obediente tenía por mejor lo que el Superior ordenaba, sabiendo disimular si sucedía algo que le desagradase.

Este concierto de vida tan religiosa del P. Cristóbal Angel se gobernaba en él con dos pesas, de atenta lección y profunda meditación, en que el Padre todo el día estaba en continuo movimiento de afectos y deseos de unirse con Dios, recurriendo á los puestos de devoción que en la casa había, á los cuales los últimos años de su vida llamaba sus siete Iglesias. Pasaba en ellos largos ratos y no pocos en el coro delante del Santísimo Sacramento en oración, ejercicio á que fué aficionado, y así se recogía entre año á hacer los de nuestro santo Padre, los cuales tenía por el principio de sus dichas para vacar más á Dios, no contentándose con lo que de ordinario hacía, que á la verdad eran unos ejercicios continuados. Gustaba mucho de la lección de libros devotos, en especial los que trataban de la Pasión de Cristo Nuestro Señor á que tuvo especial devoción, y por eso las Imágenes que tenía en su aposento eran de Cristo crucificado ó de algún misterio de su dolorosa Pasión, ayudándose con aqñestos exteriores motivos para el debido sentimiento interior á tan grandes dolores padecidos con infinito amor por el hombre desagradecido. Por esta misma razón leía todos los días la sagrada Pasión por uno de los cuatro evangelistas, y aqñesto con tan gran provecho y sentimiento de su alma, que muchas veces le hallaron de rodillas con el libro en la mano derramando copiosas lágrimas, testigos de su tierno amor para con Cristo Nuestro Señor; y como es propiedad del amor procurar semejanza entre los que se aman, el Padre como verdadero amante de Cristo crucificado, por parecer en algo á ese Señor, le suplicó (de que se tuvo noticia) le diese una muerte con sumo desamparo, ya que no tal cual su Majestad la había tenido en la cruz, por lo menos un remedo de ella cuanto la flaqueza humana lo sufría; y pareció que Dios Nuestro Señor recibió sus fervientes deseos y le otorgó lo que le pedía, por lo que pasó en su muerte. Porque habiendo amanecido el día que murió á las cuatro de la mañana bueno y sano, á las cinco y media entrando en su aposento le hallaron los de casa batallando con la muerte, tendido en el suelo y encima de él las tablas, y la ropa de la cama que con él había caído, sin poder apenas volverle á ella, con que espiró, dejando toda la casa lastimada de ver un espectáculo y caso no pensado. La causa también de su acelerada muerte se sospechó que fué, que oyendo después de las cuatro de aquella mañana doblar por un Hermano que aquella noche se nos había muerto, á quien el Padre por su mucha virtud tenía particular voluntad, se sobresaltó y congojó, de manera que se le subió algún humor que le vino á ahogar, el cual por su mucha edad no pudo resistir. Hubiera sido esta muerte muy para sentir, á no haber sucedido en persona de tan santa vida, largos merecimientos y tan de antemano prevenido para este trance, que sólo viene de repente á los descuidados en el bien de su alma, mas no á quien con la continua meditación traía presente y tanto tiempo estuvo prevenido para una buena muerte y recibir por su medio el premio de

tan loables trabajos y ejemplos de virtud, como fueron los de sesenta años que este gran siervo de Dios estuvo en la religión de la Compañía de Jesús, á la cual su Majestad con tan singulares impulsos como los que quedan dichos llamó. Murió el año de 1632, de 80 de edad, los 42 en el grado de Profeso de cuatro votos de nuestra sagrada religión. Fué sentida su muerte en toda la ciudad de México de muchas personas que lo conocían y estimaban su santidad, los cuales con su presencia honraron el entierro de tan señalado varón.

CAPITULO XXIX.

VIDA Y HEROICAS VIRTUDES DEL PACIENTÍSIMO

P. GASPAR DE MENESES, DE LA COMPAÑÍA DE JESÚS. AÑO DE 1633.

Confieso que entro con temor de poder declarar la eminencia de virtudes de este santo varón, porque aunque fui testigo de ellas viviendo en nuestro Colegio de México, donde este gran siervo de Dios vivió los diez años postreros de su vida dando excelentísimos ejemplos de toda virtud, y en especial de una heroica paciencia y conformidad con la divina voluntad en las gravísimas y extraordinarias enfermedades que padeció; con todo, esos dolores y la grande paciencia con que los sufrió tantos años fueron tales, que no son fáciles de poderse explicar. Pero porque no se quede por escribir su vida, que será de edificación y de un varón á quien quiso Dios ejercitar, perfeccionar y afinar con tan singulares enfermedades y aficciones los tres años últimos de su edad. Comenzaremos por los primeros de su vida, y digo que nació el P. Gaspar de Meneses de padres muy honrados en la Puebla de los Angeles, los cuales lo enviaron á Salamanca para que en aquella insigne Universidad se aventajase en letras, y por ese medio alcanzase puesto y ocupación con que honrase y ayudase á sus padres y parientes. Pero Nuestro Señor, que lo quería mejorar de pretensiones humanas y trocárselas en divinas, le mudó los intentos y se los inspiró para que se entrase en la Compañía, y obedeciendo á la voz de Dios, la pretendió y consiguió, y fué recibido en la Provincia de Castilla, donde acabó su noviciado y estudió hasta el segundo año de Teología con mucho aprovechamiento en virtud y letras.

En este tiempo había ido por Procurador á Roma por nuestra Provincia mexicana el P. Pedro de Hortigoza, el cual quiso volver al Hermano Gaspar á las Indias por lo mucho que como natural de ellas podría ser aquí de provecho. Llegado á México prosiguió sus estudios, y los acabó felizmente con mucha edificación de los de fuera y los de casa que le amaban y estimaban por su trato, que siempre fué muy religioso, apacible, modesto y grave; ordenado de sacerdote y como quien el haber vuelto de España á Provincia donde era su patria, había sido con deseo de emplearse en la ayuda de las almas de los pobres indios. Luego tomó muy á pechos el aprender la lengua mexicana, y salió en ella tan aventajado, que fué de las más eminentes lenguas que hubo en este tiempo en todo el Reino; aplicóse á los ministerios de los indios, humildes á los ojos de carne, pero muy gloriosos á los

ojos de Dios. Ayudábales con particular agrado y provecho de sus almas, predicándoles y confesándoles muchos años, y aun se adelantó á más en ayudar á esta pobre gente, porque siendo diestro en el canto y punto de órgano el devoto y humilde Padre, no se desdeñaba de enseñar á cantar á los inditos colegiales de San Gregorio, porque se celebrasen con más solemnidad las Misas en esta Iglesia, y el culto divino en particular para con los indios se aumentase. Para lo cual también procuró y adquirió mucho de ornamentos y alhajas para su sacristía é Iglesia. Y era tal la afición que á este santo ministerio tenía, que aun en tiempo de la gravísima enfermedad (que como abajo diremos padeció), teniendo no sólo las manos y los pies sino la lengua también impedida, con todo, á los inditos que acudían á su aposento se entretenía de la manera que podía en enseñarles la doctrina.

No se encerraba el celo santo del Padre en los términos de la ciudad ó puesto donde residía, sino que se extendía y dilataba fuera, haciendo sus correrías por los pueblos y beneficios de los clérigos para ganar almas á Dios. En una de estas correrías y salidas redujo gran número de idólatras solapados y encubiertos á la luz de la verdad de nuestra santa fe; porque habiendo salido con otro Padre á un pueblo, el cual tenía fama de bien doctrinado y morigerado, predicó en él gran parte de la Cuaresma, confesó lo más del pueblo, y acercándose la Semana Santa, por medio de los sermones y exhortaciones de los Padres, se dignó la divina bondad de alumbrar á toda aquella gente ciega y descubrir el grande mal y daño que el enemigo del género humano en ella tenía encubierto. Porque los más del pueblo eran idólatras y por consiguiente viciosísimos y de estragadas costumbres, y ya rendidos con la fuerza de la palabra divina reiterando las confesiones mal hechas, se volvieron muy veras á Dios entregando á los Padres los idolillos y retratos de la bestia infernal en tan gran número, que trajeron los Padres una carga de ellos como trofeo de su victoria y despojos del enemigo vencido; y muy alegre el P. Meneses de haber cogido tan preciosos frutos de sus ministerios y empleos con los pobres indios, lo cual era tanto más de estimar en el Padre cuanto le sobraban buenas partes y talentos para cosas de más lustre. Porque es cierto que lo tenía muy bueno de púlpito para con los españoles, y las veces que predicó en la lengua castellana (que no fueron pocas) fué muy á provecho y satisfacción de los oyentes y de los Superiores, acreditando sus casas é Iglesias con sus sermones y doctrina y aun en lo temporal, cuando había necesidad les ayudaba mucho, recogiendo limosnas y no perdonando ni rehusando por esta causa andar muy largos caminos. A Guatemala sucedió enviarle una vez, distante trescientas leguas de México, y aceptó esa jornada con mucha voluntad el buen Padre, el cual iba sembrando por los caminos no menos la semilla de la palabra divina, que buenos ejemplos dignos de un religioso muy hijo de la Compañía, por cuya honra y buen nombre siempre el Padre miró con muy grande atención y cuidado.

En prueba de lo cual es digno de contar aquí un caso singular que le acaeció en uno de estos caminos; llegó un día á hospedarse en casa de un hombre honrado, el cual con mucha caridad le acogió y regaló. Pero el demonio que siempre anda en perpetuo desvelo de nuestra perdición y ruina, encendió en el pecho de la señora de la casa un